AL SR. D. ARTURO GIL DE SANTIVAÑES.

No creía yo, querido Arturo, poder consignar tu nombre al frente de estas páginas que, segun el aplauso público y los plácemes de la prensa, constituyen una comedia.

Los GRANDES TÍTULOS ha sido pensada y escrita en once dias, en compensacion, sin duda, de otras, pensadas y escritas en once meses, que han vivido once segundos en el campo de la crítica. Convengamos una vez más, que en literatura, lo extraordinario es la dramática.

Yo estaba aburrido. ¡Quién no lo está muchas veces en su vida! Disfrutaba de una Real licencia, primera en mis veinte años de *inmaculados* servicios, y descansaba de las fatigas producidas por *El paraiso de Milton* y *Luchas heróicas*, (hijas mimadas de nuestra alma, que Dios libre de una silba, amen). En tal situacion cogí la pluma para hacer algo, y salió esto.

Francamente, desconfio de la fecundidad y rapidez en materias literarias. No me atrevía ó leer Los GRANDES TÍTULOS.

Mi sorpresa empezó contigo, al asegurar que la obra no tenía nás que un defecto grave: no ser tuya. Despues aumentó con la favorable opinion del noble y leal Retes, cuya competencia en tanto tenemos; Mario y Ramos Carrion me dieron completas seguridades de éxito, y la ilustre Baronesa de Córtes congregó á sus amigos, entre ellos Alarcon, Grilo, Pedrosa, Puebla, Ossorio y Bernard, Guijarro y otros para resolver en definitiva.

De esta última lectura, y la indispensable á la familia, salí

para echar la obra en brazos de Vico, que la ha dado vida y calor en la escena, en union con las Sras. Marin y Fenoquio, la señorita Contreras y los Sres. Calvo, Romea, Vico (D. Manuel), Luna, y Moreno, cuyos esfuerzos en pró de la obra no olvidaré nunca. Dicen algunos que Los GRANDES TÍTULOS tiene tendencias democráticas. Yo lo que puedo asegurarte es que no soy hombre político, y que jamás tuve tendencias de partido al escribir para el teatro. He atacado á una clase de la sociedad, con la que me unen lazos de gratitud y de parentesco, y nunca fué mi ánimo herir susceptibilidades.

Con esto, y con decirte que hacía tiempo que estaba ávido de grabar tu nombre en una comedia mía, como nuevo lazo de fraternal cariño, queda hecha la pueril historia de estos tres actos y el por qué de la dedicatoria.

Siempre tuyo, admirador y amigo,

PACO.

21 de Diciembre de 1876.

ACTO PRIMERO.

Salon suntuosamente amueblado.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE, el MAYORDOMO.

DUQUE. (Saliendo por la izquierda con una escopeta en la mano y dirigiéndose al Mayordomo, que sale por la derecha.) Espere usted un momento. (Llamando.) Pedro. (Sale un criado.) Deja esta escopeta en mi armero. Ah, dile al guarda que he traido conmigo, que se lleve esas perdices y las dé suelta en el monte. (Váse el criado.) Escriba usted al administrador de Arjona, dándole las gracias por su regalo y suplicándole no lo repita. Ya sabe que no me gusta cazar con reclamos; tiros de acecho, con premeditacion y alevosía, suenan mal en mis oidos.

MAYORD. (Inclinándose.) Hoy mismo le escribiré.

DUQUE. (Mirando el reloj.) Las doce. Aquí podremos hablar tranquilamente.. (Se sienta.) Siento haber hecho la caminata en el brek, porque esos caminos están insoportables. Su carta de usted me sorprendió en medio de los brezos, y dejando la batida que tenía proyectada, he venido á escape.

MAYORD. (Abriendo un libro grande que habrá traido bajo el brazo.)

Aquí tiene vuecencia la situacion de la caja: metálico, doscientos veinticuatro mil reales, obligaciones de ferrocarriles, dos millones.

DUQUE. Bien, bien; vamos al asunto.

MAYORD. La señora duquesa me dijo que pidiese al administrador cuatrocientos mil reales en oro.

DUQUE. Y usted le manifestó que no había en caja?...

MAYORD. Vea vuecencia. (*Señalando en el libro.*)

DUQUE. Y la señora duquesa entónces...

MAYORD. Me mandó que vendiese papel.

DUQUE. Á lo que usted, respetuosamente, se negó.

MAYORD. Ah, sí señor; muy respetuosamente.

DUQUE. (*Se lavanta y da dos ó tres paseos, sonriéndose con amargura.*) Y usted no sabe para qué necesita la señora duquesa tanto dinero?

MAYORD. (*Encogiéndose de hombros.*) No señor.

DUQUE. Pero lo sabrá usted hoy mismo?

MAYORD. Quizás.

DUQUE. (*Tocándole en el hombro.*) Es usted un hombre prudente.

MAYORD. (*Alarmado.*) Señor Duque!...

DUQUE. Tranquilícese usted: no es esta la cualidad que ménos le acredita á mis ojos. Avise usted á Pedro.

MAYORD. (*En la segunda puerta izquierda.*) Pedro, el señor te llama.

ESCENA II.

LOS MISMOS, PEDRO.

DUQUE. La señora duquesa?

PEDRO. No ha salido de su tocador.

DUQUE. Y la señorita María?

PEDRO. No se ha levantado aún.

DUQUE. Y el señorito Enrique?

PEDRO. No ha dormido esta noche en casa.

DUQUE. Puede usted retirarse. (*Váse Pedro.*)

MAYORD. Si el señor Duque no tiene nada que mandarme...

DUQUE. Nada... Ah, que continúe usted como hasta aquí, negándose muy respetuosamente á todo lo que no sea de

mi agrado.

MAYORD. Así lo haré. (Saluda y váse por la izquierda.)

DUQUE. (Mirando á la derecha.) Mi suegra.

ESCENA III.

DUQUE, CONDESA.

COND. Quién está aquí?

DUQUE. (Adelantándose y besándola la mano.) Soy yo, mamá.

COND. (Mirándole con los lentes.) Calla, ¿eres tú? ¿De dónde vienes?

DUQUE. Del Parral.

COND. (Mirándole á la cara y á las manos.) Ya, ya veo....

DUQUE. Concluí mis trabajos en la fábrica, y como premio á mis afanes dispuse una cacería, que desgraciadamente he tenido que suspender.

COND. Ya! La fábrica!... la fábrica!...

DUQUE. Está completamente concluida.

COND. Y qué?

DUQUE. Que aquello es una bendicion del cielo. Lo ménos tengo sangrados medio millon de pinos, y este verano, si Dios quiere, mi monte de Piedrahita será un pueblo lleno de vida y animacion. (Abrazándola.) Tiene usted que ir á verlo.

COND. Quita, quita; no me ataques á los nervios con esas bromas. Ya sabes que no me gustan.

DUQUE. ¿Broma visitar mi fábrica?

COND. Sin duda que será muy divertido vivir allí rodeado de quinientos trabajadores, ajenos á toda paz y sujetos á toda pez. Y si está allí el señor Duque de Valterra, grande de España de primera clase, Senador del Reino por derecho propio; etcétera, etcétera... en medio de aquellas gentes, hablando y compartiendo fraternalmenmente... Ah, debe ser dichosa y edificante tal amalgama!

DUQUE. No tanto como la de esta hermosa Babilonia, donde cada cual habla descaradamente el lenguaje de la pasion que

más le domina.

COND. Tu, tu, tu, tu, tu!...

DUQUE. Esta exposicion permanente de vanidades, ambiciones y apostasías.

COND. Música, hijo mio, música celestial.

DUQUE. Esta civilizada córte, que en medio de los horrores de una guerra civil, no ha sabido calmar un sólo momento la fiebre loca de sus placeres.

COND. Siempre ha pasado lo mismo.

DUQUE. Justamente, y por eso debemos seguir lo mismo: gastando las riquezas heredadas, no en bien de los pobres que trabajan y nos bendicen, sino en provecho de los ricos holgazanes que nos deshonran. ¿Quién piensa en los males ajenos? Ande yo caliente y ríase la gente.

COND. Refran que tiene mucho que ver con tu fábrica de Piedrahita!

DUQUE. ¡No, no hablemos de mi fábrica! Ya sé que no merece los honores de su presencia de usted: en cambio la merecen una *soirée* en mis salones, donde vagan seres indignos...

COND. Jesús, Jesús, Jesús! Has vuelto mucho más adocenado que te fuiste.

DUQUE. Todavía me va usted á negar que admite á su lado personas criminales.

COND. Criminales?... Bah! Que no lo son ante el *Código penal...*

DUQUE. Pero que lo son ante el código eterno de la conciencia.

COND. Las conveniencias sociales lo exigen. Esas personas suelen tener grandes títulos.

DUQUE. Con esas precisamente no se debe transigir.

COND. ¿Qué clase de la sociedad es intachable?

DUQUE. Ninguna, pero la nuestra debe aspirar á serlo. Para eso está colocada á mayor altura que las demas.

COND. Y vas tú á conseguirlo?

DUQUE. Quiero intentarlo por mi parte.

COND. Nuevo don Quijote.

DUQUE. Con la diferencia que don Quijote deshacía molinos y yo

quiero rehacerlos.

COND. Sí, tú concluirás por ser maestro de obras.

DUQUE. De obras buenas?... Ojalá pudiera!

COND. Lo tengo dicho, desde el año doce este país está perdido: ya no hay gerarquías, ni condiciones... Por fortuna aún quedamos algunos representantes del antiguo régimen.

DUQUE. Bonita representacion!

COND. Y en nuestras manos la moderna juventud aún podrá ser algo.

DUQUE. Y aún algos...

COND. Así se explica que durante tus eternas peregrinaciones por el campo de la industria, esta casa siga su curso natural.

DUQUE. Ya lo creo.

COND. Y que tu hijo, el conde de Rivalta, brille á la altura de su rango.

DUQUE. En efecto!

COND. Y que tu hija vaya á enlazarse con el marqués de San Gil, que si no tiene grandes títulos nobiliarios, tiene muchos títulos al portador, y váyase lo uno por lo otro.

DUQUE. Es usted irreemplazable.

COND. Ea, dame el brazo, hasta la capilla. Le he dicho á mi confesor que venga á decir una misa por la memoria de mi marido. Ah, si viviese!... aunque no, más vale que no...

DUQUE. Sí. más vale que no.

COND. Desde el año doce esto no tiene remedio.

DUQUE. (Dando el brazo á la Condesa.) Ilustre vástago de la antigua raza española. Su generacion de usted estaba ciega, pero tenía fe.

COND. En cambio la tuya, ni fe, ni esperanza, ni caridad. (Vánse el Duque y la Condesa por la derecha; casi al mismo tiempo salen por el fondo la Duquesa y Mendoza.)

ESCENA IV.

DUQUESA, MENDOZA.

DUQ. Creo que nadie ha notado mi ausencia. (Levantándose el

velo.) Todo ha salido á pedir de boca. Mendoza, doy á usted un millon de gracias. Es la primera vez que ando en estos tapujos y misterios.

MEND. ¿Y usted me da gracias por un servicio tan insignificante?

DUQ. (Sacando unos papeles del manguito.) Estos recibos se los entregaré á Enrique, para que los rompa y se avergüence. ¡Si su padre lo supiera! Pero no lo sabrá jamás.

MEND. Calaveradas de muchacho.

DUQ. Podíamos haber tenido un disgusto.

MEND. Ah, eso sí, y grande. Al fin esos documentos prueban una estafa, y si el usurero se hubiese empeñado en llevar á la cárcel á Enrique...

DUQ. Oh, qué horror! Bien hice en ir yo misma en persona á hablar á ese hombre. No hay acento más persuasivo que el de una madre.

MEND. Y si ese acento es el de usted, más que persuasivo, se hace irresistible.

DUQ. (Quitándose la mantilla.) ¿Va usted á almorzar conmigo?

MEND. Había de privarme de ese placer?

DUQ. Á qué hora estará usted en su casa esta tarde?

MEND. Para recibir órdenes, á la que usted determine.

DUQ. (Saludando.) El Mayordomo volverá de Bolsa á las tres, le diré que venda *consolidado* á cualquier precio... ¿Le será á usted molesto recibirle á las cinco?

MEND. Carolina, por Dios! me está usted martirizando de una manera cruel. Qué prisa corre?...

DUQ. (Riéndose jovialmente.) No crea usted que voy á pagarle réditos por esos veinte mil duros que acaba de entregar al usurero.

MEND. Yo soy el que no pagará á usted jamás la deuda contraida...

DUQ. Deuda?

MEND. Más difícil de solventar que todos los créditos del mundo... deuda de inmensa dicha!

DUQ. En efecto, siempre es una dicha servir á los amigos, y ya le he proporcionado una ocasion.

MEND. De ver y hablar á usted. Tan insignificante le parece esto, qué le causa extrañeza?

DUQ. Phs!

MEND. Ver y hablar á usted... estar á su lado... aspirar el mismo ambiente. (Mirándola fija y tiernamente.) Carolina!

DUQ. En verdad que me ha dejado usted fria como el mármol. ¿Conque ahora salimos?...

MEND. Pues qué, á la penetracion de usted ha podido escaparse que mi alma no tiene más aspiracion que el amor de usted? (Estrechándola una mano.) Carolina!

DUQ. (Retirándola altivamente.) ¡Mendoza! (Breve pausa. La Duquesa toca el timbre y se presenta el criado.) Avise usted á mi doncella. (Váse el criado.) Acaba usted de cometer una insigne tontería. Sepa usted que mi corazon no tiene amor más que para un hombre, y ese hombre es mi marido. (Le mira con altivez y váse. Mendoza baja los ojos aturdido.)

ESCENA V.

MENDOZA, con ironía.

Ha sido una cogida en toda regla!... Confieso que jamás hubiera creido que una mujer tan voluble... En fin, qué hacerle! Estas cosas no se pueden arreglar á puñetazos. Lo dicho... una cogida en toda regla.

ESCENA VI.

MENDOZA, GEOARITO, por el fondo.

El tipo de este *gomoso* debe ser saliente en traje, ademanes y figura.

GENAR. (Dirigiéndose al interior.) Eh? muchachos, venid: aquí está Mendoza.

MEND. ¿Á quién llamas con tanto empeño?

GENAR. Á Perico Quiñones y á Franch. Hemos venido á acompañar á Enrique... (Al oido.) que ha perdido hasta la

respiracion.—¡Pásmate! el bruto de Cifuentes catorce pases! ¡Vaya un *bacarat*, compañero!

MEND. Y tú?

GENAR. Yo he perdido el producto en venta de la espada de mi abuelo el general Santelices. ¡Buena hoja toledana! Dicen que con ella conquistó á Reus... ¡y yo no he podido conquistar más que cincuenta duros!

MEND. (Sonriéndose.) Vas á dejar tu armería como Perico su biblioteca.

GENAR. Me han dicho que la ha vendido en peso.

MEND. Y al peso.

GENAR. De veras?

MEND. Á catorce reales la arroba.

GENAR. Pues les ha dado la gran *eamama* á los compradores, porque había allí la mar de pergaminos viejos.

MEND. Y códices... y comedias inéditas de Lope y Calderon.

GENAR. Pero las comedias siquiera sirven para envolver pimenton, miéntras que los pergaminos... ¡Qué tipos son esos ingleses!

MEND. ¿Has ido á patinar?

GENAR. (Picarescamente.) He ido á otra parte.

MEND. Por qué me miras así?

GENAR. ¡Divino, chico!

MEND. No te entiendo.

GENAR. Un simon... cortinillas... ¡divino!

MEND. Pero...

GENAR. Calle de Preciados...

MEND. Explícate.

GENAR. Apenas te ví entrar en el coche con la dama del velo, dije: no, á Genarito Santelices no se le va la presa... y en efecto... ¡qué se me había de ir! (Al oido.) *Bocatto di cardinale*! Que sea enhorabuena. Yo pensaba hace tiempo haberme dedicado á la Duquesa.

MEND. Me has visto con la Duquesa?

GENAR. Ah, tunanton!...

MEND. He tenido que acompañarla á una casa...

GENAR. Si me sé de memoria esa casa. Mira, piso principal, el

usurero Tobías; le conozco mucho.—No creo que la Duquesa, rica como Creso, tenga nada que ver con ese caballero.—Píso segundo, el torero Canija. Á ménos que no hayais ido á tomar unas lecciones de muleta.—Piso tercero, doña Simona, viuda de un intendente militar, segun dice ella. Señora respetabilísima, con un lunar retorcido, salva la parte... Dice que recibe huéspedes con principios y sin principios. (Mirando con truhanería á Mendoza y tarareando la cancion de los Alguacile de «Chorizos y Polacos.»)

La la rá la ra lá
¡Huele á aceite frito!

MEND. (Con fingida seriedad.) Mira, Genarito, te prohibo que hables de eso.

GENAR. ¡Tunanton!... Con franqueza; ya sabes que yo soy muy callado.

MEND. Bien, y qué?

GENAR. Una más en la lista...

MEND. Hombre! no seas malicioso.

GENAR. (Volviéndole á mirar fijamente.)

La la rá la ra lá.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, el DUQUE.

DUQUE. ¡Viva el buen humor!

GENAR. ¡Santiago! ¡Santiaguillo!

MEND. ¡Tú por aquí!

DUQUE. Así parece. (Abrazos mútuos.)

GENAR. Te vas poniendo del color de tu nueva industria.

DUQUE. Tú tan chispeante.

GENAR. Qué quieres!

MEND. (Abrazándole otra vez.) Vaya con el señor Duque!

DUQUE. Y qué hay de novedades?

GENAR. Esto, chico, como siempre.... divino!

DUQUE. Y tú, como siempre, calificando de divino á lo queni

siquiera es humano.

GENAR. ¡Qué quieres! Yo soy así!

MEND. Has venido de sopeton.

DUQUE. Tanto que aún no he visto á los mios. Carolina no ha salido de su tocador. (Genarito tira del chaquet á Mendoza.)

MEND. ¿Y qué tal los pinos?

GENAR. Hombre, sí, hablamos de los pinos.

MEND. Creo que es un buen negocio.

GENAR. ¡Ya lo creo! Como que de los pinos sale la resina y el aguarrás y la brea y la...

DUQUE. (Compasivamente, dándole con el dedo en la barba.) ¡Qué sabes tú de esas cosas!

GENAR. Poco á poco, yo he estudiado matemáticas, y sé...

DUQUE. Aquí viene Carolina.

GENAR. (Á Mendoza.) Ya pareció aquello.

MEND. Adios, Santiago.

DUQUE. Te vas?

MEND. Al cuarto de Enrique.

GENAR. Y yo tambien.

DUQUE. Hasta ahora. (El Duque los despide de prisa y distraido, mirando al sitio por donde viene la Duquesa, á cuyo encuentro sale con vehemente y cariñosa ansiedad. Mendoza y Genarito se detienen á observar al fondo.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, la DUQUESA.

DUQUE. ¡Carolina!

DUQ. (Abrazándole.) Vengo muy enfadada contigo. ¿Por qué no has hecho que me pasáran recado inmediatamente despues de tu llegada?

DUQUE. Bah, bah, tontona! ¿Quién distrae á una dama en su tocador?

GENAR. (¡Tocador, chico, tocador!)

DUQ. Te hallo muy grueso.

DUQUE. Y yo á tí más hermosa que nunca.

GENAR. ¿Oyes? ¡Más hermosa que nunca! (Yéndose por el fondo.)

La la rá la ra lá
Huele á aceite frito!

MEND. (Con alegría.) ¡Nos han visto! ¡Mañana lo sabe todo Madrid! (Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

DUQUE, DUQUESA.

DUQ. Conque es decir, que si no te escribo las fechorías de tu señor Mayordomo, no vienes en mucho tiempo.

DUQUE. Quizás no.

DUQ. ¿Y lo dices tan serio?

DUQUE. Qué quieres, hija mia, esta atmósfera me envenena el alma.

DUQ. Vamos, tu eterna monomanía.

DUQUE. Es tan hermoso ocuparse en algo noble y digno!

DUQ. Eso es decir que nosotros?...

DUQUE. Vosotros no os ocupais en nada. Carolina, siento mortificarte, pero es la verdad. Una vida que se pasa entre el lujo, los bailes, los teatros, la crónica escandalosa y los paseos, no es una vida seria. En fin, no hablemos de esto.

DUQ. Al contrario, hablemos.

DUQUE. No es de marido galante sermonear á su mujer despues de tan larga ausencia. Ya te irás convenciendo.

DUQ. Si estoy ya convencida.

DUQUE. (Dándola golpecitos en la mano.) Vamos, vamos!

DUQ. Confieso que me gusta la vida bulliciosa de Madrid.

DUQUE. No tiene nada de extraño.

DUQ. Que sus salones me encantan.

DUQUE. Y cómo no? Si eres tú la luz de todos ellos.

DUQ. Pero bien sabe Dios, que en el momento que tú quieras, esta luz se eclipsará.

DUQUE. Oh, líbreme el cielo! Confieso á mi vez que me gustaría más que brillases por tus actos privados que por tus fiestas ostentosas, por tu talento grave y reposado, que

por tu chispeante gracia y volubilidad; pero esto no pasa de ser un deseo que tiene mucho de resignado y nada de imperioso. Por otra parte, abrigo la confianza de que algun dia has de venir á mi bando, y entónces, ya ves, qué gran triunfo para mí!

DUQ. Lo difícil aquí son los chicos.

DUQUE. (Con sonrisa irónica.) Los chicos, eh?

DUQ. Sí. Y mi madre!...

DUQUE. Y tu madre!

DUQ. Sí.

DUQUE. Jé, jé, jé! En fin, cómo ha de ser! Conque variando de conversacion, parece ser que mi Mayordomo se ha permitido desobedecerte?

DUQ. Si por cierto; por eso te he suplicado en mi carta, que le escribieras inmediatamente, diciéndole que aquí no hay más voluntad que la mia... despues de la tuya.

DUQUE. Así se lo he de decir. ¡Miren el picaronazo! ¿Y qué era ello?

DUQ. Una cantidad.

DUQUE. Mucho?

DUQ. Veinte mil duros.

DUQUE. Una pequeñez.

DUQ. Eso le he dicho yo, pero me la ha negado bajo el frívolo pretexto de que no tenía.

DUQUE. Pues mira, la razon no deja de ser convincente. ¿Y sería indiscreto preguntarte para qué querías esa suma?

DUQ. La quiero para...

DUQUE. (Sonriéndose.) (Ya se turba.)

DUQ. Para girarla á París, y preparar el *trousseau* de María; ya sabes que está pedida.

DUQUE. Si, á tu madre.

DUQ. Casi se puede decir que á nosotros. La boda es un gran partido.

DUQUE. Uff! ya lo creo! un hombre casi viejo, casi feo y casi tonto.

DUQ. Pero tiene muchos títulos.

DUQUE. Y muy positivos.

DUQ. (Con coquetería, poniéndole las manos sobre los hombros.) Con que, en fin, ya sabes para qué quiero ese dinero.

DUQUE. Sí, ya lo sé. Pues nada, cuenta con él, yo mismo lo giraré á París.

DUQ. No, tú no; quiero que me lo entregues á mí.

DUQUE. ¿Á tí?

DUQ. Ahora mismo... para ántes de las cuatro.

DUQUE. Pues hija... no puede ser.

DUQ. Que no puede ser? Pues mira, es preciso... porque... vamos, tendré que decírtelo; es una cuestion de honra.

DUQUE. ¿De honra?

DUQ. De honra precisamente no, pero de dignidad... de delicadeza. En mi deseo de adelantar las cosas, le he dicho á uno de los muchachos que vienen á casa y que tienen fondos en París, que escribiese allí... y que yo aquí... y que tú... ya ves!

DUQUE. (Todo ménos delatar á su hijo.) Bien, alma mia, no te aflijas por eso. ¡Pues no faltaba más! Todos mis tesoros... ¿qué digo tesoros? mi alma entera es tuya.

DUQ. Ah, gracias!

DUQUE. (Saca un papel de una cartera y se lo entrega á la Duquesa.) Ahí tienes una letra con el *recibí* puesto. Puedes mandar á realizarla inmediatamente. (Toca el timbre.)

DUQ. ¡Cuánto dinero! (Sale el criado.)

DUQUE. Diga usted á los señoritos que estoy aquí. (Váse el criado.) He hecho un contrato con la casa *Hoche* y *Compañía* de Bruselas, y ese es el primer plazo.

DUQ. ¡Medio millon de reales!

DUQUE. Que yo te regalo. Ya ves como los duques pueden dedicarse á algo más que á derrochar la fortuna de sus mayores.

DUQ. ¡Si parece mentira!

DUQUE. Únicamente te suplico que al emplear ese dinero, no olvides que está en tus manos por el trabajo diario de quinientos infelices... y que es horrible pensar que el sudor del pobre... puede servir para lavar la deshonra del rico.

DUQ. ¡Santiago!

DUQUE. Carolina... aunque léjos de mi casa, suelo saber lo que ocurre en ella.

ESCENA X.

LOS MISMOS, MARÍA, ENRIQUE.

MARIA. ¡Papá! ¡Qué alegría! ¿Ya estás con nosotros? ¡Ay papaito del alma!...

DUQUE. Sí, hija mia.

ENRIQUE. Esto ha sido una verdadera sorpresa. ¿Por qué no me has avisado?

DUQUE. Para qué?

MARIA. ¡Cuatro meses sin vernos! (El Duque, en medio de sus hijos, los contempla fijamente. Á María la tiene abrazada contra su pecho.)

DUQUE. (Á María.) El vértigo del wals que suele arrastrar en sus giros tus noches juveniles, aún no ha arrebatado á tu rostro las tintas del candor y de la pureza. (Besándola en la frente.) Dios te las conserve. (Á Enrique.) En tí el mal es tan grande... que ya sale á la superficie. (Con enérgica compasion.) ¡Eres un desdichado!

ENRIQUE. (Encogiéndose de hombros.) (¡Cualquiera cosa!... Bonito estoy yo para estas canciones!)

DUQ. (Contemplando la letra.) (¡Pensar que la mayor parte de este dinero se ha perdido en una noche!)

MARIA. Mamá, tengo el disgusto de anunciarte que el último vestido de Worth no le gusta á la abuelita ni pizca... ni á mí tampoco... y que voy á regalárselo á mi doncella.

DUQ. ¡Niña!

MARIA. Quiero que me encargues otro de raso azul, con blondas blancas. Verdad, papá, que estará muy bonito?

DUQUE. Muy bonito!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, la CONDESA del brazo de GENARITO.

GENAR. Le digo á usted que es divino.

CONDE. Y dices que ese tren se lo ha comprado Mendoza?
GENAR. Cincuenta mil reales el landó y cincuenta mil el tronco, marca Binder.
COND. Miren el mosquita muerta!... ¿Y ella qué tal es?
GENAR. Debe usted conocerla. Pepa la Jerezana, la bailarina de los Bufos.
COND. Ah, sí.
ENRIQUE. (En un extremo del escenario.) (Cuando reflexiono que si pido carta hago nueve... y me salvo!)
COND. Santiago?
DUQUE. Mamá.
COND. No te parece que es hora de almorzar?
DUQUE. (Sacando el reloj.) Pido á usted cinco minutos de espera para tener el gusto de presentarle un nuevo convidado.
MARIA. Quién?
DUQUE. Un excelente jóven; mi compañero de aventuras industriales y el mejor de mis amigos.
COND. Ah, vamos, ese será el Sancho Panza de tus excursiones... ese caballerito de que me has hablado ántes de ahora.
DUQUE. El mismo.
MARIA. Cómo se llama?
DUQUE. Juan Perez.
ENRIQUE. De fijo no llega á *Guzman*.
DUQUE. No; pero se pasa de *Bueno*.
CRIADO. (Anunciando.) El señor don Juan Perez.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, JUAN, elegante sin afectacion.

DUQUE. (Saliendo á su encuentro.) En este momento le estaba á usted anunciando.
JUAN. Mil gracias, señor Duque.
DUQUE. La Condesa de Castuera, mi madre política.
JUAN. ¡Señora!
COND. Ya!... (Levantándose y mirando con los lentes.) Muy señor mio. (Vuelve á sentarse.)

DUQUE. Mi mujer. (*La Duquesa se levanta y le da la mano.*)

JUAN. Hace mucho tiempo que tengo el gusto de conocer á usted; no me separo del Duque.

DUQ. Me es muy grato saberlo. (*Se sienta.*)

DUQUE. Mi hijo Enrique. (*Saludos frios.*) ¡Ah! y mi hija María, á quien dice usted haber visto en Biarritz.

JUAN. En efecto, sí, la he visto muchas veces con su tia la Duquesa de Castro-Velez. Tengo el honor... y la...

GENAR. (*Á Enrique conteniendo la risa.*) (¡Qué tipo! Pues no se ha cortado!

ENRIQUE. Estos son los íntimos amigos de mi padre.)

DUQUE. Y concluyo mi ronda de presentacion con el mimado de la *high laif* de Madrid, don Genaro Santelices, crónica viva de los altos círculos y director nato de todos ¡los cotillones habidos y por haber. (*Saludos; el de Genarito exagerado.*)

COND. El Duque ha estado enumerando la série de cualidades que á usted adornan. Es usted un estuche.

DUQUE. Y llegó cuando aún no había concluido... tanto que no he dicho á ustedes que el señor tiene un título.

COND. (*Calándose los lentes.*) ¿Un título?

GENAR. y MARIA. Un título?

ENRIQUE. De qué?

DUQUE. De arquitecto.

COND., ENRIQUE y GENAR. ¡Ah!

MARIA. ¡De arquitecto? Ay qué gusto, abuelita! (*La habla al oido.*)

COND. Es verdad: este señor podía hacer eso.

DUQUE. ¿Qué es eso?

MARIA. Un secreto, papá. Con permiso de ustedes. (*Se lleva algo aparte á Juan. El Duque habla á la Condesa.*) Usted perdone que así de buenas á primeras me atreva... verdaderamente es una exigencia injustificada; pero....

JUAN. Usted dirá.

MARIA. Se trata de... Yo me voy á casar, sabe usted?

JUAN. ¡Ah!... usted se va á casar?

MARIA. Y mi abuela me regala un *chateau* en Biarritz... á gusto mio. (*Con coquetería.*) Quiere usted tener la amabilidad de

hacerme el plano? Así, una cosa ligera.

JUAN. Si usted me juzga capaz...

MARIA. ¡Ya lo creo!

JUAN. Haré todo lo que usted me mande.

MARIA. ¡Ay qué bueno es usted! Por supuesto, que ya le daré á usted mi idea...

JUAN. Sí!

MARIA. Va á salir una cosa encantadora. Ya verá usted.—Mamá, no sabes?... (Habla con la Duquesa.)

JUAN. Dios mio! siento que el corazon se me rompe... ¡Va á casarse!

DUQUE. Qué tiene usted, amigo Juan?

JUAN. Quién, yo?... nada... nada absolutamente.

COND. Santiago, me parece que ya han pasado los cinco minutos.

DUQUE. Tiene usted razon.

DUQ. (Á Juan.) Dé usted el brazo á mi madre. Genarito, acompañe usted á María. (Al Duque.) Vé delante, que ahora te sigo.

DUQUE. (¡Pobre madre!)

ESCENA XIII.

DUQUESA, ENRIQUE.

DUQ. (Dándole los recibos.) Ahí tienes esos documentos. (Angustiada y llorosa.) Comprende la situacion en que estás colocando el nombre de tu padre!

ENRIQUE. ¡Cómo! ¿Será posible? Oh sorpresa! (Abrazándola.) Mi ángel salvador.

DUQ. (Rechazándole.) Tu padre tiene razon... eres un desdichado! (Váse.)

ESCENA XIV.

ENRIQUE, á poco GENARITO.

ENRIQUE. ¡Desdichado!... ¡Desdichado, y me veo libre de trampas por cuarta vez!

GENAR. He hecho una escapada, porque me ha parecido ver moros en la costa. ¿Qué hay?

ENRIQUE. Mira. (Rompe los recibos.) Aquí yacen todos mis ingleses.

GENAR. ¡Eureka!

ENRIQUE. Ya no vuelvo á jugar al *Bacarat*.

GENAR. Bien hecho.

ENRIQUE. Desde mañana me dedico al Monte.

GENAR. Al de Piedrahita?

ENRIQUE. No, al otro...

GENAR. Divino, chico, divino!

LOS DOS. (Cantando.)

Suene la trompa intrépida!...

(Vánse por la puerta del fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion, espléndidamente alumbrada.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, contemplando una acuarela.

Por todas partes veo vagar su esbelta figura, y este paisaje sería un erial á mis ojos si no flotase en él la invisible imágen de María... ¡Este será el Edem de sus amores! Aquí un hombre gozará de los encantos de la naturaleza y de los encantos de su hermosura,... y ese hombre no seré yo!

ESCENA II.

JUAN, MARÍA, de blanco.

MARIA. (De puntillas.) ¡Sublime!
JUAN. Ah!... María!
MARIA. Esto, esto es lo que yo había soñado! Á la derecha el bosque; dos largas filas de árboles que conducen al parque, y aquí el castillo gótico, dominando las alturas...

«Como cárabo sombrío
sobre la almena feudal...»

Porque á mí me gusta mucho este tinte melancólico.

JUAN. Me alegro haber interpretado sus deseos. (Se sientan.)
MARIA. Una cosa me choca.
JUAN. Cuál?
MARIA. Esta torre elevada.
JUAN. Desde ella, al declinar la tarde, podrá usted abarcar con la vista los horizontes de la madre patria.
MARIA. Ah!...
JUAN. Y siendo usted dada á la melancolía, su alma podrá percibir los suspiros que desde aquí la envíen su madre y....
MARIA. Y mi padre.
JUAN. Eso es... y su padre de usted.
MARIA. Y le ha costado á usted mucho dibujar esto?
JUAN. (Con amargura.) Sí señora!
MARIA. Ay, cuánto lo siento! Si lo hubiera sabido...
JUAN. No, no lo sienta usted. Á cualquiera en mi lugar le hubiera costado lo mismo.
MARIA. Por qué?
JUAN. Porque los artistas somos envidiosos, y como al trazar este paisaje veía oculto á un afortunado mortal...
MARIA. Pues ese afortunado mortal es poco aficionado á los paisajes.
JUAN. Cómo!
MARIA. No le gustan las flores.
JUAN. ¿Es posible?
MARIA. Como que se opone á toda variacion en el monte. Dice que las encinas y los alcornoques producen más.
JUAN. Sí, producen bellotas y corcho. Eso va en gustos.
MARIA. Y me ha dicho que si mi abuela se empeña en hacerme este regalo de boda... que yo lo disfrutaré con mi abuela, porque á él no le gusta salir de París y Madrid.
JUAN. ¡Vea usted perdidos en un momento todos los esfuerzos de mi imaginacion! Yo, al trazar con temblorosa mano los contornos de este castillo, bañado tíbiamente por la luz vespertina, al inclinar las ramas de estos árboles frondosos, recordando el suave impulso de las auras primaverales, y al tornasolar las hermosas espumas de esta

cascada con los colores brillantes del iris, creía que árboles y cascadas, brisas y flores, espumas y castillo, se unían en mágico conjunto para alzar á Dios el himno eterno de dos almas semejantes y enamoradas.

MARIA. Ay que bonito es todo eso que me está usted diciendo!

JUAN. Pueden decirse al lado de usted cosas feas?

MARIA. Feas precisamente, no, pero prosáicas; y á mí no me gusta lo prosáico. Así es, que contínuamente le estoy diciendo á mi futuro: «hombre, hábleme usted de otro modo.»

JUAN. Pues de qué le habla á usted ese señor?

MARIA. Me habla de títulos...

JUAN. Nobiliarios.

MARIA. No, del tres por ciento.

JUAN. Pero siempre...

MARIA. Siempre no: despues varía y me habla de caballos. Es muy aficionado.

JUAN. Ya.

MARIA. Y luégo me sigue hablando de caballos... y despues... de caballos.

JUAN. Sí... (Levantándose.) (Hasta que se apea por las orejas.) Horrible ley la de los contrastes!)

MARIA. (Siguiendo con la vista á Juan.) Qué le ha dado á usted?

JUAN. Á mí?...

MARIA. Se ha quedado usted pensativo.

JUAN. No... digo, sí... Estaba pensando en... Conque decididamente le agrada á usted mi proyecto?

MARIA. Ah, mucho! (Apretando la acuarela contra el pecho.) Y ya es mia, ya no se lo devuelvo á usted.

JUAN. Ni yo lo exijo.

MARIA. Ah, pero en cambio le invito á usted á pasar una temporada en mi castillo.

JUAN. Gracias... no me divertiría.

MARIA. Cómo!

JUAN. Yo soy al contrario que su futuro de usted... y si fuese á Biarritz al lado de usted...

MARIA. Qué?

JUAN. No sabría marcharme jamás.

MARIA. Por qué?

JUAN. Porque... á mí me gustan mucho las flores. (Saluda profundamente y váse hácia el fondo; despues se detiene un momento, hunde la frente en las manos y la alza como quien sacude una pesadilla. María le ve partir; fija la mirada vaga en el suelo y se sienta pensativa á contemplar la acuarela.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, el DUQUE.

DUQUE. (Leyendo en un periódico.) «Don Juan Perez, medalla de honor en la seccion de arquitectura, por su magnífico proyecto de una granja-modelo.» (Viendo á Juan y abrazándole con efusion.) Bien, amigo mio, reciba usted mi más cumplida enhorabuena. ¡Premio de honor, y en la exposicion de Filadelfia! Es decir, á la faz del mundo entero. Así se ilustra un nombre y se honra á la patria. ¡Cuánto daría yo por ese título!

JUAN. (Con amargura, despues de mirar á María.) Cuánto daría yo por los de usted! (Váse.)

ESCENA IV.

DUQUE, MARÍA.

DUQUE. (Viendo marchar á Juan y encogiéndose de hombros.) Los mios? Phs! (Acercándose á María, contemplando la acuarela.) Muy bonito!

MARIA. (Estremeciéndose.) Ah! eres tú?

DUQUE. Estás contemplando tu nueva finca?

MARIA. No es verdad que es encantadora?

DUQUE. Ya lo creo.

MARIA. Voy á dejarla en mi cuarto:... no me la rompan esos atolondrados, que invaden estos sitios, á pesar de la prohibicion terminante de mamá.

DUQUE. Es lo mejor.—Ah! un momento. (Mirando fijamente á su hija.) Serás feliz con el marqués de San Gil?

MARIA. Quién lo duda!... Como que tiene grandes títulos!...
DUQUE. Estás segura de ello?
MARIA. Me lo ha dicho mi abuela.
DUQUE. Ah!... entónces...
MARIA. Con tu permiso; vuelvo en seguida. (Váse corriendo por la derecha y tropieza con la Condesa, que sale del brazo de Genarito. La Duquesa sale del brazo con Enrique, por la izquierda.)

ESCENA V.

DUQUE, MARÍA, CONDESA, GENARITO, DUQUESA, ENRIQUE, despues JUAN.

COND. ¡Aturdida!
GENAR. ¿Adónde vas tan corriendo?
MARIA. Á guardar esta acuarela en mi *secretaire*.
COND. Una acuarela?
MENAR. Veamos.
MARIA. (Á la Condesa.) Representa el castillo que tú me regalas.
COND. Sí? (Mirando con los lentes.) Ya!
DUQUE. No se quejarán ustedes de la fantasía de mi amigo Perez.
COND. Pero á este castillo le falta el escudo de armas.
MARIA. Eso se supone, abuelita.
GENAR. Y está desierto... no hay ninguna persona... ningun bicho.
MARIA. Eso, hasta que los amigos vayais á él...
DUQ. (Á Enrique, en otro extremo del escenario.) Y dices que Mendoza recibió los veinte mil duros?
ENRIQUE. Y le disgustó mucho tu eficacia. (La Condesa se sonrie.) Conque decididamente me das tu perdon?
DUQ. Concluirás por hacer de mí lo que quieras.
ENRIQUE. (Besándole la mano.) ¡Qué buena eres! (Por esta vez ya la he engañado... á otra!) (Viendo á Juan, que sale por la izquierda y se dirige á la Duquesa.) ¡El señor de los grandes títulos!... Me parece, me parece que voy penetrando sus intenciones. (Váse.)

ESCENA VI

LOS MISMOS, ménos ENRIQUE.

DUQ. (Á Juan.) ¿Qué le parecen á usted mis lunes?
JUAN. Señora, me parecen unos lunes que no pueden ser jamás precursores de los mártes.
DUQUE. Carolina, ¿no has visto la obra de Juan?
DUQ. No he tenido ese gusto.
JUAN. No merece la pena. (Se aleja hablando con el Duque.)
DUQ. (Viendo la acuarela.) Preciosa de veras!
MARIA. Y colorin colorado el cuento se ha acabado. Voy á guardarla bajo siete estados de tierra para que no se estropee.
GENAR. Sí, y en una caja de cristal para que no se constipe.
MARIA. (Remedándole.) Para que no se constipe... (Haciendo un gesto.) Aaah! ¡Qué coleccion de monos son estos niños!

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ménos MARÍA.

COND. ¡Válgame Dios! Con qué tonterías se contentan estas criaturitas!
GENAR. Va usted á quedarse en la *serre*.
DUQ. No tendrá usted frio?
COND. (Sentándose.) No.—Gracias, Genarito, eres muy amable.
GENAR. Muy feliz en ser su caballero *servente*.
COND. Me llevarás luégo á tomar thé.
GENAR. Oh, con mucho gusto. (El demonio de la vieja esta! ¡Pues no me tiene siempre de bagaje! (Suenan los acordes de un wals.) Ah!... wals... wals... ¿á quién le tengo pedido?... Ya me acuerdo: á mi víctima número diez y nueve. (Váse bailando wals.) Ta ta ra ta tá!... ra...

ESCENA VII.

DUQUESA, CONDESA, DUQUE, JUAN.

DUQUE. (*Paseando del brazo con Juan.*) España debería ser la primera en tener esa granja modelo.

JUAN. Me he dirigido al gobierno; pero ya se ve, la guerra civil ha dejado la Hacienda al pie de la bancarrota.

DUQUE. ¡El gobierno! Todo lo ha de hacer aquí el gobierno y nada de esfuerzo individual.

JUAN. Tambien me he dirigido á los grandes propietarios... pero preocupados con la política...

DUQUE. Dispense usted, yo no he recibido...

JUAN. Otro quebradero de cabeza?

DUQUE. Y quién le dice á usted que yo soy de peor condicion que los arquitectos?

JUAN. Nadie, pero... (*Un criado presenta al Duque un parte telegráfico en una bandeja de plata.*)

COND. (*Á la Duquesa, en otro extremo.*) Conque mañana vendrá San Gil á pedir la mano de mi nieta? Advierte al mayordomo que saque las libreas de gala.

DUQ. Me extraña que el Marqués no haya venido á hablar á Santiago y á pedirle hora.

COND. Todo estaría ya terminado si tu marido fuese ménos montaraz.

DUQ. Por fortuna ya le tenemos entre nosotros y no le soltaremos con tanta facilidad.

DUQUE. ¡Gracias á Dios! Esto es lo que yo quería, que él mismo dirigiese los trabajos. (*Á Juan.*) Lea usted.

DUQ. Qué es ello? (*Levantándose.*)

DUQUE. Que tengo que separarme de tí. Mañana á las cuatro y media partiré para Albacete.

DUQ. ¿Para Albacete? Pero hombre!...

COND. Qué ha ocurrido de extraordinario?

DUQUE. Una friolera!

COND. Ah, ya caigo... vas á sacar diputado á Enrique.

DUQ. Por fin te decides?

DUQUE. Cá! es una cosa que tiene mucho más sentido comun.

COND. Cómo!

DUQUE. Mr. Lemaitre viene á España llamado por mí. Ustedes no conocen á Mr. Lemaitre? Oh, uno de los primeros químicos de Europa.

COND. ¿Y qué tenemos nosotros que ver con los químicos de Europa?

DUQ. Reflexiona que acabas de llegar...

DUQUE. (Á Juan con gran alegría.) Usted no se esperaba este resultado.

JUAN. No creía que un hombre tan rico...

DUQUE. Eso se llama amor al oficio. (Á la Duquesa.) Hijita, qué quieres, es un asunto importante para la industria española.

COND. Pero qué tenemos nosotros que ver con la industria española?

DUQUE. Señora, por Dios, no divague usted. Digo que es un asunto importante para la industria española, porque teniendo este país elementos propios, no debe dejarse explotar por los extraños.

COND. Pero qué tenemos nosotros que ver con todo eso?

DUQ. Repara...

DUQUE. (Á la Duquesa.) No tengo que reparar. (Á la Condesa.) Tenemos mucho que ver.—Mis posesiones de Albacete producen gran cantidad de esparto.

COND. Huy! esparto!

DUQ. Y vas tú á meterte?

DUQUE. ¿Por qué no? Quiero evitar el triste espectáculo de que los extranjeros nos lleven esta primera materia para devolvérnosla despues traducida en papel ó en tela confortable.

COND. Pero eso es estar loco.

DUQ. Mamá tiene razon; no somos nosotros los llamados.

DUQUE. (Exasperándose por grados.) Nosotros... ¿y quiénes somos nosotros?

COND. Los que Dios ha favorecido y ha dado privilegios.

DUQUE. ¿Para qué?

COND. Para ocuparse...

DUQUE. ¿De qué? (Á Juan.) Esta es la eterna lucha que vengo sosteniendo con mi familia. Pero ya no es posible continuar de esta manera. Tenga usted la bondad de contestar á este parte, y si ve á mi hijo, dígale que le espero. (Váse Juan.)

ESCENA IX.

EL DUQUE, la DUQUESA, la CONDESA.

Sigue hablando el Duque con creciente calor.

Sepan ustedes, señoras mias, que están ustedes en un error lamentable; que nosotros hemos nacido á la vida como todo el mundo, para estar sujetos á las leyes divinas y humanas; que éstas nos imponen el sagrado deber de coadyuvar á la prosperidad de la patria; que somos los más obligados á velar por sus intereses, precisamente porque somos los más favorecidos; que no estamos en el siglo quince, sino en el diez y nueve, y que la fuerza del hierro es hoy más poderosa en los talleres de la industria, que en los campos de batalla. Sepan ustedes que somos indignos de nuestros antepasados, porque ellos en su época lo fueron todo, y nosotros en la nuestra no somos nada. Que estamos perdiendo terreno dia por dia: que el socialismo avanza y nuestras fuerzas se enervan, nuestra inteligencia se apaga, se extingue nuestra fe y nuestros tesoros se agotan.

COND. Ay, á mí me va á dar algo.

DUQ. Santiago!

DUQUE. Basta ya de contemplaciones.

COND. ¡Un duque! ¡Todo un duque!

DUQUE. ¡Qué duque, señora, si estamos haciendo el papel más ridículo del mundo.

COND. Ya reniega de su título.

DUQUE. Quiero llevarle con dignidad.

COND. ¡Con dignidad, y va hacerse esterero!

DUQUE. Sí señora, y albañil.

COND. Jesús! Jesús!

DUQ. ¿Te has vuelto loco efectivamente? Cualquiera que te oyese hablar así de nuestra clase, diría que es una cuadrilla de bandidos.

DUQUE. Hay grandes excepciones, muchas excepciones; pero yo quiero para mi clase la regla general.

COND. ¡Con los privilegios que Dios nos ha dado!

DUQUE. Eso es una blasfemia, señora. Dios no da á nadie privilegios de holgazanería.

DUQ. Pero hombre, yo creo que los grandes de España...

DUQUE. Los grandes de España y los de todo el mundo, son enanos y muy enanos cuando llenan su existencia con la vanidad y la ostentacion.

DUQ. Pero...

DUQUE. No hay pero que valga.

COND. Repito...

DUQUE. Repito, señora, una vez más, que lo que hacemos no es serio, ni digno, ni elevado, ni decoroso, y que si piensa usted que la sociedad nos estima, está usted engañada. Y esto, esto no lo puede sufrir con calma quien como yo ama sus títulos, y quiere verlos respetados por todo el mundo.

DUQ. Y lo conseguirás.

DUQUE. Y lo conseguiré.

COND. Como que datan del siglo catorce.

DUQUE. Los heredados; pero yo quiero tenerlos adquiridos, y los tendré.

COND. Cómo!

DUQUE. Haciendo que mi grandeza no esté solamente en la *Guía de forasteros*, sino en la conciencia pública.

COND. ¡Jesús! Jesús!

DUQUE. Y demos punto al debate, que estas verdades no han menester de tantos comentarios.

ESCENA X.

LOS MISMOS, ENRIQUE.

ENRIQUE. Papá, me llamabas?
DUQUE. Sí, para decirte que mandes arreglar tu equipaje. Mañana sales conmigo de Madrid.
ENRIQUE. Papá!
COND. ¡Tambien se quiere llevar á este infeliz!
DUQ. ¿Se ha apoderado de tí un vértigo? Yo no puedo consentir...
DUQUE. (Con gravedad.) Te creo demasiado buena para oponerte á mis deseos nobles y honrados. Si hasta aquí he transigido con ciertas conveniencias sociales, es porque el respeto que merece la ancianidad de tu madre, vale bien el sacrificio de mi voluntad. Hoy el peligro se hace inminente, y quiero salvar á mis hijos de la catástrofe.
DUQ. Pero ¿y el marqués de San Gil, que quiere pedirte la mano de María?
DUQUE. Ya hablaremos del marqués de San Gil.
COND. Y á tus inocentes hijos, qué peligro puede amagarles?
DUQUE. El peligro de su educacion.
COND. ¿Su educacion? ¿Puede haberla más esmerada? Unas criaturas que saben hablar francés, inglés, aleman y español.
DUQUE. ¡Sí señora! Ya sé que saben pensar mal en cuatro idiomas. (Váse, despues de dominar á todos con la mirada y obligar á Enrique á bajar los ojos.)

ESCENA IX.

DUQUESA, CONDESA, ENRIQUE.

ENRIQUE. (Cruzándose de brazos.) Pues señor... papá ha vuelto más enfermo que se fué.
COND. Lo que temo es que la enfermedad sea contagiosa.
DUQ. Bah! esos son raptos que se le pasan pronto.

COND. Raptos? Sí, sí! Esta es una fiebre continuada, que no tiene cura... desde aquel bendito año!

ENRIQUE. Pues yo no estoy dispuesto á emprender la caminata.

COND. ¡Qué disparate! Ahora vas tú á meterte entre los atochales de Albacete!...

ENRIQUE. Já, já, já!

DUQ. Vamos, mamá, no le dé usted alas á Enrique, que no las necesita.

ESCENA X.

LOS MISMOS, MARÍA.

MARIA. Enrique, conque mañana te marchas á Albacete? Me lo acaba de decir papá...

ENRIQUE. Si, hija mia, sí; voy á hacer una escursion por los deliciosos campos de la jeja y el azafran.

MARIA. Pues yo tambien voy á ir.

TODOS. ¡Cómo!

MARIA. Á Albacete no, á Piedrahita. Papá me ha dicho que me prepare, que vendrá por mí dentro de pocos dias, que va á fundar una escuela de primera enseñanza para los hijos de los trabajadores, y quiere que yo asista á la inauguracion.

ENRIQUE. Já, já. já!

COND. ¡Maestro de escuela tambien!

MARIA. Yo no sé si alegrarme ó no alegrarme.

ENRIQUE. Debes ponerte muy alegre. ¿Te parece poco seductor el porvenir que te se presenta? Un batallon de chicos, súcios y desarrapados, gritando al maestro, que será una especie de vencejo: m.... o... mo; n... o.... no; mo... no.

COND. Creo que no lo tolerarás!

DUQ. Pienso convencerle al momento.

MARIA. La verdad es que yo tengo que estrenar mi vestido de blondas en el baile de la embajada rusa.

ENRIQUE. (Pues y yo, que tengo mañana una cenita en Fornos con

el banderillero *Canija* y *Pepa la Jerezana.*)

MARIA. Y vas tú, mamá?

ENRIQUE. Cá, no por cierto; iremos en la aristocrática compañía del señor Juan Perez.

MARIA. Cómo! Tambien vendrá Perez con nosotros?

ENRIQUE. ¡Ya lo creo! ¿Había de faltar ese señor?

MARIA. (Reflexiva.) Pues no me ha dicho nada... y me extraña que... (Se sienta.)

ENRIQUE. (Colocándose entre la Condesa y la Duquesa.) No lo querrán ustedes creer, pero el tal don Juan Perez es un mozo que le tengo atravesado aquí. (Señalando la garganta.)

COND. Pues hijo mio, eres de la misma opinion que tu abuela; tampoco yo le puedo atravesar.

DUQ. Ah, pues son ustedes injustos, porque es un excelente jóven.

ENRIQUE. Él tiene la culpa de todo lo que está pasando en esta casa.

COND. Como que es el que ha trastornado el juicio á tu padre y le ha metido en esos proyectos, que Dios confunda, amen.

ENRIQUE. Les aseguro á ustedes que tengo ganas de chocar con él para que las pague todas juntas.

DUQ. Vamos, vamos, eso no está bien ni es digno de tí.

ENRIQUE. Es un cursi insufrible.

COND. Y de resultas de eso, á tu padre se le ha pegado el aire, porque está incapaz.

DUQ. Mamá!

COND. Sí, sí, hija mia, á tí te ciega la pasion y no ves claro.

ENRIQUE. Estamos haciendo *el oso* á los ojos del gran mundo.

COND. ¡Qué ideas tan extrañas!

DUQ. Yo comprendo que Santiago exagera un poco.

COND. Un poco? prefiere los disparates más grandes del mundo, Ayer, sin ir más lejos, me dijo que nuestros grandes salones eran una tempestad mansa y que transijíamos en ellos con todos los tunantes, disfrazados de personas decéntes.

ENRIQUE. Y á mí me ha dicho que el honor está á merced de las

buenas formas.

DUQ. Tambien á mí me ha dicho que alimentamos la víbora en nuestro seno, y que muchas veces toleramos que nuestras hijas vayan del brazo del ladron de la honra de sus padres; pero repito que todo esto es una exageracion, y que yo no hago caso...

ESCENA XI.

LOS MISMOS, MENDOZA.

MEND. (Á María, que se habrá sentado pensativa.) ¿Quiere usted hacerme el honor de que demos una vuelta?

MARIA. Ah, sí señor, con mucho gusto, el honor será mio... (Mendoza mira sonriendo irónicamente á la Duquesa y váse dando el brazo á María.)

ESCENA XII.

DUQUESA, CONDESA, ENRIQUE.

DUQ. Ah!

COND. Qué es eso?

ENRIQUE. Te has quedado suspensa.

DUQ. No... es que he visto á Mendoza que lleva del brazo á María.

ENRIQUE. ¿Mendoza?... Ya estaba echándole de ménos... Precisamente tenemos que hablar de un proyecto de cena.

DUQ. ¡Con Mendoza!

ENRIQUE. Sí, mamá, ya sabes que él y Genarito son mis amigos inseparables. Voy á buscarle. Conque ya sabes que no quiero ir á Albacete. (Á la Condesa.) Conste que no quiero ir á Albacete. (Váse.)

ESCENA XIII.

DUQUESA, CONDESA.

DUQ. ¡Su amigo inseparable y se ha atrevido á requerirme de amores!

COND. ¿Qué es eso? ¿Estás mala?

DUQ. He sentido un dolor en el corazon.

COND. Tu marido concluirá por matarnos á todos.

DUQ. Vamos, la acompañaré á usted...

COND. Dile que nos deje en paz con sus aventuras quijotescas.

DUQ. ¡Si viera usted cuánto terreno han perdido mis fuerzas para luchar con mi marido!

COND. ¡Cómo!

DUQ. Hace un momento creía como ustedes que Santiago estaba loco; pero ahora... por un incidente casual...

COND. ¡Adios! Tambien ésta se ha contagiado.

DUQ. El órden de mis ideas se ha cambiado efectivamente.

COND. Llévame pronto al salon, porque estoy temiendo que me alcance la epidemia.

DUQ. Mamá!

COND. Voy á buscar á Genarito para que me cuente alguna aventura que me desimpresione de estos horrores. Es un chico lo más agradable!... ¡Y cuánto me quiere!

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, GENARITO.

GENAR. (Escondiéndose.) Uf! el vejestorio! Si me ve estoy perdido. ¡Pero que en todas partes me he de tropezar con esta señora!

COND. No se te olvide decirle que Enrique se resiste á viajar. En cuanto á mi nieta, no consiento que salga de mi lado hasta que se case. Me ha costado mucho trabajo educarla para consentir que su padre me la eche á perder.

ESCENA XV.

GENARITO.

Ya se marchó el enemigo!—Será verdad lo que me han dicho! que Enrique se va con su padre á la siega del esparto... ¡Divino!

ESCENA XVI.

GENARITO, ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Está por aquí mi padre?
GENAR. ¿Conque es verdad?
ENRIQUE. ¡Cállate, hombre!
GENAR. Presunto albacetáceo.
ENRIQUE. No creas; mi padre ha tomado el viaje muy en serio.
GENAR. En cambio tú le has tomado muy en guasa.
ENRIQUE. Figúrate!

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, MENDOZA.

MEND. Acabo de dejar á tu hermana con su presunto marido. ¡Por cierto que trae una cara de vinagre!...
GENAR. Le habrá ido mal en el juego.
MEND. ¡Ah! saludo al digno fabricante de pleita.
ENRIQUE. Por lo visto ya lo sabe toda la reunion.
MEND. Y tú tan tranquilo!
ENRIQUE. Como que tengo en la vanguardia á mi madre y á mi abuela.
MEND. Entónces nada hay que temer.
GENAR. Es decir que mañana á las doce en punto en Fornos.
MEND. y ENRIQUE. (Extendiendo el brazo.) Á las doce en punto.
GENAR. Haremos los honores á la señora doña Pepa la... (Hace una pirueta.)
ENRIQUE. Te felicito por el gusto que has tenido en el tren. Estaba hoy la mujer en el paseo que *daba la hora.*
MEND. No, pues Juanita, la antigua amiga de San Gil...
GENAR. Quiñones sabe hacer estas cosas como un caballero.
MEND. Algo mejor que tu presunto cuñado.
ENRIQUE. Si ese es más cursi que el andar á pie.
GENAR. Un hombre con tres millones de renta y no le he conocido más lujo que la Juanita.
MEND. Pero en cambio de *acatus.*

ENRIQUE. Ah, eso sí; hay que hacerle justicia: sabe beber mucho y bien.

GENAR. Y no habeis reparado que Juanita tiene todo el tipo francés y va muy bien en el carruaje?

ENRIQUE. Como que es toda una *cocotte*. Bien, que este tipo se va generalizando en Madrid y concluirá por imponer la moda.

GENAR. No hay duda, caballeros, que este país se va civilizando.

MEND. Gracias á nosotros.

GENAR. Pues todavía hay estúpidos que dicen que no sabemos imitar lo bueno de los franceses.

MEND. El cotillon va á empezar.

ENRIQUE. Voy por mi pareja. ¡Tengo una conquista!...

GENAR. Y qué?...

ENRIQUE. Todas lo mismo... (Váse riendo.)

ESCENA XVIII.

GENARITO, MENDOZA.

GENAR. Pobre muchacho!

MEND. Pobrecillo!

GENAR. Hombre!... gran punto de vista.

MEND. En efecto: se domina el salon azul.

GENAR. Por allí va la generala Iturralde; mírala... parece una marmota llena de brillantes.

MEND. Y sus hijas en un rincon.

GENAR. Siguiendo la suerte de todas las hijas. Tengo observado que aquí lo que hay que ser es madre... En provincias es distinto... allí las muchachas solteras son las que brillan en primer término.

MEND. No ves que aquellos infelices tienen el mal gusto de dedicarse á ellas?

GENAR. Mira, mira quién va allí... la vizcondesa de Andora del brazo de Agapito Solar.

MEND. Sí, ya la veo.

GENAR. Y detrás de la vizcondesa, su antigua rival Angelita

Fuente-Almansa. ¡Con qué odio tan afectuoso se saludan!...

MEND. Esa es la del pajarito.

GENAR. No me acuerdo de esa historia.

MEND. Sí, hombre; cuando Fuente-Almansa llamó á la puerta del *boudoir* de su mujer, la cual estaba platicando amorosamente con el cándido Agapitito.

GENAR. Ah, sí, sí, ya sé... y Angelita abrió la portezuela de la jaula y se puso á gritar: «no entres, no entres, que se ha escapado el pajarito!

LOS DOS. Já, já, já, já!

MEND. Y el marido entró...

GENAR. Vaya!... Y se puso á saltar tambien para coger el prófugo, y si no es por el marido... el pajarito no entra en la jaula.

LOS DOS. Já, já, já!

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, el DUQUE.

DUQUE. (Pues señor, creo que no me olvido de nada. El ministro de Fomento me ha dicho que cuente con todo su apoyo, y el embajador me ha felicitado con entusiasmo. Su hermano, el duque de Kingston, tiene un gran laboratorio con todos los productos químicos conocidos y lo pondrá mi disposicion.)

GENAR. (Ahí tienes á tu editor responsable.

MEND. Está pensativo.

GENAR. Eso es que empieza á dudar de su mujer.)

DUQUE. Es incuestionable que nadie mejor que nosotros puede emprender estos trabajos. Tenemos fortuna, posicion, respetabilidad, ¿por qué no hemos de tener tambien patriotismo, noble ambicion y actividad útil y provechovechosa?... Dónde andará mi hijo? (Reparando en Genarito y Mendoza.) Habeis visto á Enrique?

GENAR. Sí; debe estar arriba, en sus habitaciones.

DUQUE. (Voy á decirle que á las cuatro y media en punto saldre-

mos de Madrid. Es preciso arrancarle de las garras del vicio.) (Váse.)

ESCENA XX.

GENARITO, MENDOZA.

MEND. Por qué le has engañado diciéndole que está arriba... si está allí...

GENAR. Porque es preciso arrancarle de las garras de su padre.

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, JUAN.

JUAN. (Acabo de verla por la última vez. Sí, ya no debo por más tiempo alimentar esta llama poderosa al dulce contacto de su mirada, tranquila y pura. ¡Dios mio! tú que has llenado mi corazon de este profundo sentimiento que tantas veces me ha hecho soñar con la gloria... arráncale de mi corazon, porque hoy... hoy me está haciendo sufrir las torturas del infierno.)

GENAR. Yo te soy franco; es el primer desliz que conozco en la Duquesa.

MEND. Bah! el primero... ¡Habrá tenido tantos!...

GENAR. Pues hasta ahora no tenía historia conocida; ya ves tú si yo llevo el alta y baja de la crónica escandalosa... Así es que no puedes figurarte la alegría que he tenido al saber tu triunfo. (Juan se extraña.)

MEND. ¡Phs!

GENAR. Y tienes una gran suerte con que el marido divague por las regiones de la industria, porque es de los terribles. Conozco su carácter.

MEND. Bah, bah! su carácter!... El duque de Valterra será como todos los predestinados.

JUAN. (Oh!)

MEND. Y la Duquesa como todas las coquetas.

JUAN. ¡Canalla!

MEND. Cómo!
GENAR. Qué!...
MEND. ¿Á quién ha dicho usted eso?
JUAN. Á usted.
MEND. ¡Oh!
GENAR. Mendoza!
JUAN. Y si mi lengua, trémula de coraje, pudiera reasumir en un solo vocablo los dicterios más infamantes, se lo arrojaría á usted al rostro una, cien y mil veces.
MEND. Oh! basta!

ESCENA XXII.

LOS MISMOS, ENRIQUE.

ENRIQUE. Qué es esto, señor Perez?
GENAR. (Enrique!)
JUAN. Esto, señor conde... es un acaloramiento que hemos tenido el señor y yo, por una cuestion particular.
ENRIQUE. ¿Y le parece á usted oportuno el sitio?
PEREZ. Yo no he querido...
ENRIQUE. (Á Genarito.) ¿Y qué ha sido ello?
GENAR. Nada, hombre, nada, que Mendoza decía si una mujer era ó no era...
MEND. Y me ha llamado...
GENAR. Y le ha llamado canalla.
ENRIQUE. Canalla á mi mejor amigo y en mi casa? Esta cuestion la hago mia.
JUAN. Señor conde...
ENRIQUE. Yo sostengo todo lo que ha dicho este caballero.
MEND. No puedo permitir...
ENRIQUE. (Á Mendoza.) (Si estoy deseando pegarle!)

ESCENA XXIV.

LOS MISMOS, DUQUESA.

DUQ. Caballeros, qué discusion es esta?

TODOS. ¡Oh!
ENRIQUE. Nada, mamá, no es nada. (Cogiéndola del brazo.)
JUAN. Nada de particular.
MEND. Absolutamente nada.
GENAR. Absolutamente nada de particular. (Todo casi simultáneo.)
DUQ. Pero...
ENRIQUE. (Llevándosela.) Papá preguntaba por tí.
DUQ. Mas...
ENRIQUE. Creo que es una cosa urgente. (Vánse.)
MEND. (Á Juan.) Caballero!
JUAN. Estoy á sus órdenes. (Vánse en opuestas direcciones.)

ESCENA XXV.

GENARITO.

Jó, jó, jó, jó! Lo que se ha venido encima! Gracias que yo soy apropósito para estos lances y... Corro á evitar la catástrofe! (Suena el piano.) Ah! (Retrocediendo.) El cotillon... esto es más interesante... Divino! Divino! Divino!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Enrique, amueblada con sencillez y elegancia. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, GENARITO.

Genarito atraviesa de puntillas la escena. Trae el *clac* puesto y echado atrás, subido el cuello del gaban ruso y un baston en la mano.

GENAR. (Tocando con el baston en la puerta de la izquierda.) ¡Enrique!

ENRIQUE. (Dentro.) ¿Quién va?

GENAR. Soy yo.

ENRIQUE. Salgo al momento.

GENAR. Pues señor, lo dicho: esto sí que es lo más divino que he visto en todos los dias de mi vida. Éste desafiando á aquel porque ha insultado al otro, y el otro escurriendo el bulto mientras éste defienda que la otra... (Comprimiendo la risa.) Puff! Por supuesto que yo no debía dejar que se batieran; pero ¿quién le dice á Enrique que su madre es la que... ¡Y qué trabajo me ha costado convencer á la Duquesa de que aquí no va á pasar nada serio! (Frotándose

las manos.) Adelante con los faroles. Estas cosas me entusiasman!

ENRIQUE. (Saliendo.) Ea, ya estoy listo. ¿Qué te ha dicho ese señor?

GENAR. Ese señor anda buscando á Mendoza, que no se deja ver por ninguna parte.

ENRIQUE. Pero si la cuestion ya no es con Mendoza, sino conmigo.

GENAR. Eso le he dicho yo, pero parece ser que no está conforme el señor Perez en batirse contigo.

ENRIQUE. Oh! lo veremos.

GENAR. Quiere hablarte.

ENRIQUE. Es completamente inútil.

GENAR. Tambien se lo he manifestado.

ENRIQUE. Y ademas de inútil completamente tonto, porque daríamos tiempo para que todo el mundo se enterase.

GENAR. No, ya lo está.

ENRIQUE. Cómo!

GENAR. Digo... lo está, porque... tu madre se asustó al oirte, salió á los salones un tanto cuanto agitada... y nunca falta quien escudriñe y entrevea...

ENRIQUE. Bien, me es indiferente.

GENAR. Al contrario, mucho mejor. Á estas horas de madrugada, todas las bellas, que anoche fueron encanto de tus salones, están hundiendo sus desnudas gracias en el mullido lecho... y están pensando en tí. ¡Ah, feliz mortal! (Poniéndose en guardia.) Quién tuviera tambien un desafío para ser el héroe del dia, (Tirándose á fondo.) y hallar su víctima número veinte!

ENRIQUE. Por supuesto, tú no les habrás dicho á mi madre ni á mi abuela....

GENAR. Nada más que lo esencial; que ese caballerito se atrevió á alzar la voz en esta casa, cosa de muy mal gusto y de muy mal tono.

ENRIQUE. Y ellas?

GENAR. Se pusieron contra el señor Perez como puedes figurarte. Tu abuela dijo, que al fin arquitecto.

ENRIQUE. Todo el mundo va á alegrarse cuando sepa que he des-

costillado á ese mozo.

GENAR. ¡Si vieras qué engallado se puso con Mendoza!

ENRIQUE. Oye: ¿y á qué mujer se refería Mendoza?

GENAR. Hombre... ¿querrás creer que no me acuerdo?

ENRIQUE. Á cualquiera, lo mismo da.

PEDRO. (Saliendo.) El señor Perez ruega á usted le conceda una entrevista.

ENRIQUE. ¡Qué pesadez!... Bien, dile que pase. (Váse el Criado.)

GENAR. ¿Vas á recibirle?

ENRIQUE. ¿Qué quieres que haga? Cuando la gente se pone tan posma y tan...

GENAR. Entónces, chico, me voy.

ENRIQUE. No te alejes.

GENAR. (Demonio! Flojito zipizape va á armarse aquí.—¿Á quién más tengo que contarle?...) (Tropieza con Juan, que sale por la puerta del fondo.) Ah, usted dispense. (Juan inclina la cabeza.) (La verdad es que este mozo me parece que es de los que pegan.) (Váse.)

ESCENA II.

ENRIQUE, JUAN.

JUAN. Señor conde, he suplicado á usted me conceda un momento de atencion, para darle mis excusas respecto del incidente de anoche.

ENRIQUE. No es este el procedimiento usual. Yo he enviado á usted una persona...

JUAN. Sé perfectamente cuál es el procedimiento en estos casos!

ENRIQUE. Entónces no comprendo...

JUAN. Ruego á usted me escuche con calma.

ENRIQUE. Y yo ruego á usted que acorte preámbulos que juzgo impertinentes para dar ó recibir una estocada.

JUAN. Eso es lo que deseo evitar.

ENRIQUE. (Con ironía.) El qué?... la estocada?

JUAN. No señor, el escándalo.

ENRIQUE. Ridículo es por cierto que quiera usted evitar lo mismo

que ha provocado.

JUAN. ¿Juzga usted tan ridículo que un hombre de bien ataje enérgicamente la calumnia allí donde la encuentre? Por sus venas de usted corre sangre generosa y no es posible que califique con tanta dureza el involuntario arranque de un alma justamente indignada. Las palabras del señor Mendoza merecen siempre correctivo. Fueron una pella de lodo arrojado á la frente de una mujer honrada...

ENRIQUE. (Con desprecio.) ¿Y usted qué sabe?

JUAN. (Con exaltacion.) ¿Y usted qué sabe, señor conde? ¿Por ventura pretende usted estar más enterado que yo en este asunto?

ENRIQUE. Tendría que ver que un provinciano viniese á enseñarnos el personal del gran mundo!

JUAN. Tendría que ver que un provinciano viniese á enseñar á ustedes templanza y dignidad.

ENRIQUE. ¡Oh!

JUAN. Reitero á usted mi súplica de que me escuche con calma, que, á fe á fe, los dos la necesitamos. Yo vengo á luchar con las armas de la razon, no con las armas del orgullo y la soberbia. Si anoche ofendí el sagrado de esta casa profiriendo frases más ó ménos convenientes, ruego á usted que me perdone. Ni yo puedo tener mi amor propio en ménos, ni usted, como persona bien nacida, puede exigirme más. Usted no debe, no puede batirse conmigo por el incidente de anoche.

ENRIQUE. Es inútil que usted se canse, nos batiremos hoy mismo.

JUAN. Y si yo le suplicara, le rogara á usted...

ENRIQUE. (Con altivez.) Señor Perez, ¿qué farsa es esta? ¿Es que al desconocimiento absoluto del mundo en que vive desde anoche, quiere usted añadir la cobardía?

JUAN. ¡Oh! merecía usted que le hiciere caso para castigar su torpe audacia.

ENRIQUE. (Con ira.) Pues no ve usted que estoy ávido de llegar al terreno de los hechos?

JUAN. Señor conde!

ENRIQUE. Basta de contemplaciones. Sépalo usted de una vez: una profunda antipatía nos separa.

JUAN. Lo siento por usted.

ENRIQUE. Y hablemos claros, señor mio, ya he penetrado sus intenciones, y si á usted le place atajar la calumnia allí donde la ve, á mí me place atajar la audacia, allí donde la encuentro.

JUAN. Audacia!

ENRIQUE. Usted ha alzado los ojos hasta María.

JUAN. Oh!

ENRIQUE. Lo desmentirá usted?

JUAN. Nunca: cuándo un hombre digno ha desmentido los sentimientos de su alma? Sí señor, amo á su hermana, la amo con delirio; pero si mi corazon se ha elevado hasta ella, mi dignidad no ha descendido hasta una negativa, y usted no tiene derecho á rechazar lo que yo he solicitado.

ENRIQUE. María es hija de un duque.

JUAN. Mi amor no nació del cálculo, es hijo de Dios y no tiene por qué avergonzarse de todos los duques de la tierra. Y en fin, señor conde, acabemos de una vez, porque la sangre hierve en mis venas.

ENRIQUE. Sí, acabemos, y si para ello no encuentro acceso en su corazon, lo encontraré... (Avanzando sin levantar mano.)

JUAN. (Cogiéndole del brazo.) ¡Miserable!

ESCENA III.

LOS MISMOS, MARÍA, la DUQUESA.

MARIA. (Interponiéndose entre los dos y defendiendo á Enrique.) ¡Oh ¿Qué hace usted? Va usted á pegar á mi hermano?

DUQ. Pegar á mi hijo?

ENRIQUE. Salgamos!

MARIA. (Conteniéndole.) ¡Enrique!

DUQ. (Con energía.) No, tú no saldrás de aquí, te lo prohibo terminantemente.

ENRIQUE. (Con ira.) Está usted ya satisfecho? (Breve pausa.)

DUQ. No es este el comportamiento que debía esperarse de quien tantos motivos tiene para ser agradecido y respetuoso.

JUAN. Señora!

MARIA. (Con tristeza.) ¡Nunca lo hubiera creido!

JUAN. No me juzguen ustedes sin oirme. Tal vez las apariencias me condenan, pero yo...

DUQ. Usted no puede permanecer en esta casa. Sírvase usted retirarse.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, el DUQUE.

DUQUE. (En la puerta del fondo.) Sírvase usted quedarse.

DUQ. Me alegro que llegues, y siento darte un disgusto. El señor Perez...

DUQUE. Presumo lo que vas á decirme.

MARIA. Todo ello ha sido un arrebato, papá, pero ya ha pasado. ¿Verdad Enrique que ya ha pasado?

DUQ. Yo lo siento, pero he tenido que tomar una determinacion enérgica, porque el señor Perez ha llegado á un punto...

DUQUE. Sí; el señor Perez, con el silencio noble que guarda, ha llegado al punto culminante de la generosidad y de la educacion, y nosotros, al punto culminante de la vergüenza y del oprobio.

DUQ. ¡Cómo!

MARIA. ¿Del oprobio?

ENRIQUE. Yo te explicaré lo que ocurre.

DUQUE. Estoy perfectamente enterado de todo lo que ocurre en esta casa. No bastaba que en ella se diese el triste espectáculo de una superficialidad deplorable... era preciso que á la luz esplendente de sus salones tomase asiento la calumnia; que el amigo difamase al amigo; que la voz del deber y de la gratitud se ahogára torpemente, y que el hijo se convirtiese en ciego defensor de la deshonra de su madre.

DUQ. ¡Dios mio!

ENRIQUE. ¿Yo en defensor de la deshonra de mi madre?

MARIA. Papa, qué es lo que dices?

DUQUE. Que anoche en esta casa un hombre se atrevió á decir de tus padres lo que mi labio nó puede repetir sin llenar de rubor tus mejillas. Otro hombre salió á la defensa de nuestro honor.

DUQ. Ah! todo lo comprendo ahora.

DUQUE. Entónces tú dirás si el señor don Juan Perez puede ó no puede permanecer en esta casa.

DUQ. ¡Oh! perdóneme usted.

JUAN. Señora, por Dios!..

MARIA. Sí, perdónenos usted.

JUAN. Bah, bah, ¿quién piensa ahora en excusas ni en perdones. Lo importante, es que ustedes conozcan la verdad, de los hechos para afrontarlos con ánimo sereno. Por otra parte, Enrique ignoraba el nombre de la calumniada.

ENRIQUE. (Con furor.) Oh! pues si yo lo hubiera sabido!...

DUQ. Si tú hubieras sabido defender la honra en todas partes, no te verías víctima de ella en tu propia casa. Ahora tú dirás si debes batirte con el señor.

ENRIQUE. Te juro que he de darle satisfaccion cumplida. (Se dirige á su babitacion.)

JUAN. (Saliéndole al encuentro y alargándole los brazos.) Enrique!

ENRIQUE. (Con dignidad.) No, cuando mis brazos sean dignos de estrechar los de usted; hasta entónces, no. (Váse.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, ménos ENRIQUE.

DUQ. (Con rapidez y calor.) Enrique!

DUQUE. (Deteniéndola.) Aquí todos deben sufrir las consecuencias de sus faltas... todos, incluso tú.

DUQ. Yo?

DUQUE. ¡Tú!

JUAN (Á la Duquesa.) (Señora, confíe usted en mí;... nada tema.

DUQ. Ah, gracias!) (Se deja caer en un sillon.)

JUAN. María, adios.

MARIA. Se va usted?

JUAN. Sí... voy á despachar un asunto, y si Dios quiere, volveré pronto. Querido Duque... (Tendiéndole la mano.)

DUQ. (No olvide usted que mi honor exige un sacrificio.

JUAN. Mi deber tambien lo exige.

DUQ. Pero mi hijo...

JUAN. Sé lo que debo hacer, señor Duque.

ESCENA VI.

DUQUESA, DUQUE, MARÍA.

MARIA. Papá, pero qué es lo que ha pasado aquí, que yo no sé...

DUQUE. No pretendas saberlo. Tu alma pura debe elevarse sobre estas miserias de la tierra. Anda, hija mia, déjame á solas con tu madre.

MARIA. (Compungida.) Pero papá...

DUQUE. Serénate, que estas cosas pasan pronto. Vé á rezar por todos.

MARIA. Por todos?...

DUQ. Sí, por todos nosotros y por tí tambien. Ya sabes que la oracion es un gran consuelo; anda, vé... (Acompaña á María hasta la puerta de la derecha. Breves momentos de paus

ESCENA VII.

DUQUESA, DUQUE.

DUQUE. (Acercándose lentamente á la Duquesa.) ¿Sabes tú quién es Luis Mendoza?

DUQ. Un miserable.

DUQUE. Yo al verle en mi casa, admitido por tí, creí que era una persona decente. Sabes lo que se dice de Mendoza?

DUQ. Ni me importa.

DUQUE. Á mí mucho. Se dice que es tu amante.

DUQ. (Levantándose indignada) Miente quien lo diga.

DUQUE. Yo creí que no admitirías en tu casa á tanto embus-

tero.

Duq. Oh, basta! Ni á título de marido consiento que me hables de esa manera. ¿Qué tienes que decir de mí?

Duque. Que el mundo te señala como amante de ese hombre.

Duq. Oh, qué infamia!

Duque. Y que el mundo lo prueba con datos irrecusables.

Duq. ¿Que el mundo prueba que yo...

Duque. Sí, que tú, que tú...

Duq. Santiago, no me exasperes, ni me ultrajes, ni te ultrajes á tí propio.

Duque. Qué dirías de la mujer que pisase los umbrales de una casa sospechosa?

Duq. ¿Y esa mujer soy yo?

Duque. ¿Dónde has estado con Mendoza hace tres dias?

Duq. (Con arranque.) Á salvar el decoro de mi hijo.

Duque. ¡Oh, cuántas veces te he visto reir en medio del gran mundo de la candidez de ciertos maridos que creen ciertas cosas! ¿Y pretendes que yo, ahora, aleccionado por tan larga experiencia, siga la suerte de tantos infelices incautos? Quieres que dé por artículo de fe la peregrina historia de que una madre va á salvar el decoro de su hijo á la calle de... yo no sé cuántos, recatándose el rostro con un velo, metiéndose en un coche de plaza y bajando las verdes cortinillas de dudosa trasparencia?

Duq. Eso es lo que yo he hecho para salvar á Enrique de las arterías de un usurero.

Duque. Justamente; porque figúrate lo que diría la sociedad si no se tomasen tantas precauciones para pagar las trampas de un hijo, de un hijo qne tiene un padre celoso, como el primero, de su deber y de su honra...

Duq. Y á cuyo padre he querido evitar un disgusto...

Duque. Justamente; llamando al amigo del hijo y diciéndole: «Mendoza, en sus manos de usted encomiendo mi alma! Salve usted, por favor, el buen nombre de mi familia!»

Duq. ¡Santiago!...

Duque. Y Mendoza, al verse dispensador de tantas mercedes y á más altura que yo en asuntos de tal entidad...

DUQ. Corresponde indignamente á mi confianza...

DUQUE. Y pide una recompensa...

DUQ. Y sale humillado de esta casa...

DUQUE. Para decir en todas partes que es el amante de la Duquesa de Valterra... Tienes muchísima razon.

DUQ. ¡Oh!...

DUQUE. El mundo miente; tú no eres amante de Mendoza, si no una buena madre que ha salvado el honor de su hijo á costa de la reputacion de su marido.

DUQ. Pues bien, sí, confieso mi falta; pero no el crímen de que me acusas. Eso lo rechazo con toda la fuerza de mi alma.

DUQUE. Pero no con la fuerza de los hechos.

DUQ. Las apariencias engañan.

DUQUE. Pero condenan!

DUQ. ¡Dios mio! ¡Cuán desgraciadas serán muchas mujeres! Ahora lo comprendo!

DUQUE. Ahora lo comprendes!

DUQ. Cómo llevar á tu alma el convencimiento de la pureza de la mia?

DUQUE. Tú verás si es posible.

DUQ. Y si eso no es posible... ¡cómo vivir!

DUQUE. De una manera bien triste por cierto. Si yo estuviera conforme con las prácticas de costumbre, una separacion amistosa daría cima á éste, que podremos llamar incidente matrimonial. Pero como yo no comprendo que ningun hombre consienta sobre la tierra el padron ambulante de su deshonra... prepárate á partir léjos, muy léjos de Madrid.

DUQ. (Aterrada.) ¿Qué es lo que estás diciendo! ¡Dios me valga! ¿Qué mundo es este que así calumnia el amor de una madre?

DUQUE. El mundo en que tú vives.

DUQ. ¡Santiago! Santiago! Te juro por mis hijos...

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, CONDESA.

COND. ¿Qué es eso? ¿Tú llorando? ¿Qué es lo que ha pasado aquí? Quiero saberlo al momento, al momento.

DUQUE. (Con expansion,) (Gracias á Dios que esta señora ha sido oportuna alguna vez. Estaba, que no podía más.)

COND. Tú te has propuesto acabar conmigo.

DUQUE. (Como si eso fuera posible!)

COND. Y tú eres una tonta.

DUQ. Déjeme usted, por Dios. ¡Si supiera usted lo caro que me están costando sus consejos!

COND. (¿Mis consejos? Puede haberlos mejores en el mundo?)

DUQ. (Cogiendo del brazo al Duque y obligándole á ponerse frente á frente de ella.) No... tú no puedes creer eso de mí... eres demasiado noble para tan vil sospecha. Ah, sí, sí, lo conozco. (El Duque se sonrie levemente.) Lo conozco... Ah!...

DUQUE. (Eludiendo la cuestion.) Quiero hablar á solas con tu madre, ten la bondad de retirarte.

DUQ. Sí, sí, todo lo que tú quieras... pero ántes de irme...

DUQUE. Te suplico...

DUQ. Bien, ya me voy. (Estrechándole una mauo.) Ah, gracias! Santiago! (Se dirige á la puerta de la derecha y se pára para fijarse de nuevo en el Duque.) (¡Si no es posible! La inocencia debe tener semblante propio... ¡No puede... no puede juzgarme criminal!) (Váse,)

ESCENA IX.

DUQUE, CONDESA.

COND. Me parece que ya es hora de que yo sepa todo lo que ocurre en esta casa.

DUQUE. (Ha sido un momento terrible para ella.)

COND. (Á que despues de haber hecho llorar á mi hija, está pensando en el esparto?)

DUQUE. (Terrible, pero merecido.)

COND. (Este hombre ha nacido duque por una equivocacion.) (Mirando con los lentes y acercándose al Duque.) Pues sí, creo que tengo derecho á saber...

DUQUE. Ah, señora, es usted? No había reparado...

COND. Ya! No me extraña; las costumbres del dia... Esto no tiene enmienda. (Pausa.)

DUQUE. Sabe usted lo que es un anónimo?

COND. Un anónimo es... precisamente... eso mismo.

DUQUE. Arma para la envidia, instrumento para la venganza, aliciente para la maldad... Con el decaimiento de la conciencia humana, vino la falta de valor personal, del miedo surgió la traicion, y de la traicion el anónimo. Es decir: el anónimo, es la última expresion de la cobardía.

COND. ¿Y qué?

DUQUE. Que acabo de recibir un anónimo.

COND. Y qué?

DUQUE. Nada.

COND. Todos los dias me leen á mí tres ó cuatro y me hacen mucha gracia.

DUQUE. Sí, eh? Pues á ver si se rie usted tambien con este.

COND. Veamos.

DUQUE. (Leyendo.) «Tú y los tuyos estais deliciosos y sois la tra»gedia, el drama, la comedia y el sainete del teatro ma»drileño. Tu mujer, amante de Mendoza, Mendoza dán»dolo á entender en todas partes, Juan Perez desmin»tiéndole, Enrique desafiándole, tú en las Batuecas, la »niña amando al arquitecto y la abuela cazando avispas »con una caña.»

COND. ¡Jesús, qué barbaridad!

DUQUE. Qué gracioso, eh? Cazando avispas con una caña... es decir, como yo en el Limbo.

COND. Y eso del teatro, qué quiere decir?

DUQUE. Muy sencillo: Enrique la tragedia, mi mujer y yo el drama, María la comedia, y usted...

COND. Ya!

DUQUE. Usted el sainete.

COND. Ese anonimista es un pillo.

DUQUE. Pues vea usted cómo se firma. «Un amigo de la casa.»

COND. Y crees tú que Mendoza es amante de tu mujer?

DUQUE. (Con energía.) ¿Y cree usted que si yo lo creyese habría ya en esta casa piedra sobre piedra?

COND. Jesús, hombre, no te pongas así. Tienes un carácter...

DUQUE. Lo suficientemente digno para despreciar estas miserias. ¡Pues no faltaba más sino que la procacidad de ciertos caballeritos viniese á quebrantar la fe inmaculada de tantos años! Si fuéramos á hacer caso de lo que dice la gente desocupada, dónde habría una persona digna de mirarse al rostro? Pregunte, pregunte usted á todos esos conquistadores de oficio, que pululan por la Villa y Córte de Madrid, y si del número de sus víctimas resulta una sola mujer honrada, soy capaz... de seguir viviendo al lado de usted, que sería la mayor de mis desdichas...

COND. Santiago...

DUQUE. Y de mis hijos...

COND. Poco á poco.

DUQUE. Y de mi mujer.

COND. Yo no tolero.

DUQUE. Á veces hay que tolerar la verdad desnuda.

COND. Ni desnuda ni disfrazada...

ESCENA X.

LOS MISMOS, GERARITO.

GENAR. (Azorado.) Santiago!... Querida Condesa!... No saben ustedes lo que pasa? ¡Pero qué tienen ustedes!

DUQUE. Nada.

COND. Nada.

GENAR. Pues ocurre mucho, Enrique...

DUQUE. (Con ansiedad.) Qué le ha ocurrido á Enrique? Habla.

GENAR. Una catástrofe.

DUQ. Y COND. ¡Cómo!

GENAR. Vengo ahogándome... Tus criados se han asustado al verme entrar y...

ESCENA XI.

LOS MISMOS, DUQUESA, MARIA.

DUQ. ¿Qué novedades trae usted?
MARIA. ¿Por qué vienes tan despavorido!
GENAR. Porque... porque Enrique...
DUQ. y MARIA. ¡Enrique?
COND. Qué es ello, sepamos.
DUQUE. (Con arrebato.) Sufran usted sin hablar esta horible tortura. Qué ha ocurrido?
GENAR. Que tu hijo fué á buscar á Mendoza á su hotel... aquí cerca, ya saben ustedes...
DUQUE. Adelante.
GENAR. La fatalidad hizo que Mendoza, que se ha negado hoy á todo el muudo... no se negase tambien á Enrique... Ya se ve, como eran tan amigos...
DUQUE. Adelante!
GENAR. Al ver Enrique á Mendoza se lanza sobre él, le arroja al suelo y le golpea el rostro hasta bañarlo en sangre... Despues, irguiéndose, fiero como un leon, avalánzase á una panoplia, coge dos pistolas, y dando una á Mendoza, le grita: «tira tú primero, no digan que he venido á asesinarte.»—«Pero por qué nos batimos? Cuál es nuestra ofensa?»—«Esa que acabo de hacerte en el rostro.»—Y sin mentar para nada el nombre de la Duquesa, ambos contendientes se ponen en guardia... Tira primero Mendoza...
DUQ., MARIA y CONDESA. ¡Oh!
DUQUE. Chists!
GENAR. Tira despues Enrique y...
DUQ. Cayó herido Mendoza?
GENAR. Peor que eso.
TODOS. ¿Muerto?
GENAR. Mucho peor: señalado para toda su vida.
TODOS. (Con expansion.) ¡Ah!

GENAR. El tiro más raro que puede darse. (Pasándose la palma de la mano por la nariz.)

COND. ¡Castigo de Dios!

DUQUE. Y despues del duelo, qué ha ocurrido?

DUQ. Sí; dónde está Enrique?

MARIA. Dónde está mi hermano?

GENAR. (Despues de una pausa.) No lo sé.

DUQ. ¡Cómo!

GENAR. Inmediatamente despues de caer Mendoza como herido por un rayo, se oyeron voces que gritaban: «Aquí, aquí están los criminales...» y yo eché á correr... Es decir, eché á correr para contar á ustedes el suceso.

DUQUE. Voy inmediatamente á enterarme.

MARIA. Sí, papá.

DUQ. No te detengas un momento.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, JUAN.

JUAN. Calma, señores, calma. Enrique está completamente bien y fuera de todo peligro.

DUQ. Le ha visto usted?

MARIA. Ha hablado usted con él!

COND. Se ha portado como un valiente, eh?

JUAN. Como un caballero.

GENAR. Y en el momento crítico con una serenidad imponderable. Bien, que yo estaba allí para animarle.

JUAN. Dios ha dispuesto las cosas mejor que yo las tenía pensadas. Afortunadamente, aún llegué á tiempo para librarle de las garras de la policía. Le he ocultado en la casa contigua...

DUQUE. En la embajada inglesa?

MARIA. ¡Ay qué cerquita!

DUQ. Podemos verle inmediatamente.

COND. Con atravesar el jardin.

GENAR. Me parece que oigo su voz... sí, él es... él es.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, ENRIQUE.

ENRIQUE. Mamá!

DUQ. ¡Hijo mio!

ENRIQUE. María!

MARIA. Enrique.

DUQ. (Palpándole y mirándole con febril ansiedad.) Á ver, á ver!... estás herido? tienes algun rasguño?

ENRIQUE. Nada.

COND. No oyes que se ha portado como un valiente!

DUQ. (Con arranque.) Sí, mamá, pero como á los valientes tambien los pegan... (Breve pausa.)

ENRIQUE. (Al Duque. Tú nada me dices, pero conozco que empiezas á perdonarme.

DUQUE. Triste es todo lo que está ocurriendo, pero del mal el ménos! Y si la leccion aprovecha!...

GENAR. Chico, hemos dejado el pabellon bien puesto.

ENRIQUE. (Ap. á Genarito.) Oye tú: ¿y por qué te escondías detrás de la puerta al ir á disparar...

GENAR. ¡Cómo! Yo me escondía detrás de la puerta? Pues mira, no lo he notado.

COND. Esto ha concluido de la mejor manera posible. El jueves vamos al baile de palacio, para probar al mundo que aquí no ha ocurrido nada de particular.

DUQUE. Oh! Gran idea.

COND. Verdad que sí?

DUQUE. Tan grande... que ninguno la aceptamos.

COND. Tú no entiendes de estas cosas, ¿pero á que tu mujer la encuentra excelente?

DUQ. No, mamá.

COND. Que no? (Mirando á María.)

MARIA. No, abuelita, no está bien...

COND. Que no está bien? (Mirando á Enrique.)

ENRIQUE. No señora, ni medio bien.

DUQUE. Lo que debemos hacer es atajar el escándalo, irnos á Albacete y cambiar de vida.

ENRIQUE. Eso es.

MARIA. Sí, sí, papá.

DUQ. (Á la Condesa.) Usted vendrá con nosotros.

COND. ¿Yo?... Genarito, dame el brazo.

GENAR. (Pero que tenga que ser yo el bagaje perpétuo de esta señora!) (La da el brazo.)

COND. Feliz viaje!... Qué aristocracia! Todos estereros... ¡Esto se va!

ESCENA ÚLTIMA.

DUQUESA, MARÍA, DUQUE, ENRIQUE, JUAN.

DUQUE. Tu madre hace bien en quedarse en Madrid; debe deshacer la boda de María con el marqués de San Gil.

ENRIQUE. Ese hombre no es digno de mi hermana.

MARIA. Yo ignoro si es ó no digno de mí; lo que puedo asegurar á ustedes es que no le amo ni pizca.

DUQ. ¿Entónces, por qué te casabas con él?

MARIA. Por la abuelita.

DUQ. ¡Ah!

DUQUE. (Á la Duquesa, irónicamente.) Por la abuelita!—Conque señor don Juan, á disponer el equipaje, que monsieur Lemaitre nos espera.

JUAN. Yo, señor Duque, tendré el gusto de acompañar á ustedes hasta la estacion.

TODOS. ¡Cómo!

JUAN. Usted no me necesita para el planteamiento de la nueva industria.

DUQUE. Pero si no se trata de eso.

JUAN. Y yo tengo que realizar un proyecto.

DUQUE. Un proyecto?

MARIA. Cuál?

JUAN. Un proyecto ambicioso. El trabajo todo lo consigue... América me brinda sus tesoros.

DUQUE. Yo le brindo á usted los mios.

JUAN. Alemania me abre sus brazos.

DUQ. Nosotros le abrimos á usted los nuestros.

ENRIQUE. Tiene usted que acompañarnos!

DUQ. Nada vale nuestro cariño?

DUQUE. Usted nos pertenece.

ENRIQUE. Usted, desde hoy, será mi hermano.

JUAN. Qué títulos tengo yo para merecer tanto?

DUQUE. (*Con solemnidad.*) Talento y virtud.

JUAN. Ah!

DUQUE. Esos son LOS GRANDES TÍTULOS. (*El Duque y Enrique abrazan á Juan. María abraza y besa á su madre con íntimo regocijo Cae el telon.*)

FIN.